

fué hecha con milagro, es de las obras mas grandes que se pueden ver de la antigüedad. La otra es en un pueblo de Bogotá á cuatro leguas de la capital de Santa Fé, y de donde ella tomó el nombre. Tendrá legua y media de largo, y de ancho poco mas de un tiro de piedra, tan pareja y derecha como si se hubiera hecho á cordel. Otras muchas hay en varias partes, á que los indios tienen tanta veneracion, que aunque los españoles caminen por ellas, ellos se apartan á un lado, como lo he observado muchas veces. Las mayores están en la provincia de *Sagamoso*, donde es tradicion que murió aquel hombre admirable, y que allí está su cuerpo y el del camello enterrados. Si esto no es fábula, se puede creer que los discípulos de los apóstoles hubiesen algunos pasado á estas regiones, como se refiere de los indios del Cuzco en el Perú, que tienen semejante tradicion. Despues dicen haberse aparecido entre ellos una muger anciana que les predicó dogmas contrarios á los de aquel hombre santo, aunque ni de unos ni de otros dan razon. Dejó esta muger cuatro hijos, llamados *Cuza*, *Chibchacum*, *Bochica* y *Chiminiguagua*. A estos como á su madre, que llamaron la diosa *Bagué*, erigieron templos y estatuas como á dioses, ofreciéndoles oro, esmeraldas, plumeria, frutas, y todo cuanto lleva la tierra. De aquí pasaron como los romanos á dar estos mismos honores á los que morian de sus caciques. A sus sacerdotes los creen descendientes del sol. A esta dignidad se preparan con grandes ayunos y terribles penitencias. No son casados, y en habiendo llegado á muger quedan contaminados é inmundos para no poder ejercer el ministerio de su sacerdocio. Este, como el principado secular, no pasa entre ellos de padres á hijos, sino de tios á sobrinos. Tienen dioses abogados de todo, enfermedades, partos, frutas, guerra, sementeras. Los ídolos son de palo, piedra, algodon, pluma, y muchísimos de oro, de cuya destruccion *ha habido mas celosos que de los demas*. A todos los ídolos llaman *Tunjos*, del nombre de un famoso cacique que lo dió tambien á la ciudad. Algunos traen al pecho una lámina de oro con los nombres de muchos de sus dioses, y á estas nóminas ó listas llaman *Chagualas*.

Todo esto es del padre Alonso Medrano. Sin embargo de lo mucho que habian poblado los españoles, permanecian siempre los indios despues de setenta y un años de conquistados, en sus mismas supersticiones. La causa es fácil de descubrir en una tierra de tanto oro que deslumbraba, digámoslo así, los ojos de los descubridores para no dejarles

atender á otra cosa. Las guerras con los panches y otras naciones en los primeros diez años, no dieron lugar á solidarse los indios bautizados en la doctrina del Evangelio. La primera audiencia vino á Santa Fé por los años de 1547. Las religiones que sobrevinieron á la conquista, y que en tantas otras partes de la América habian predicado con tanto fruto, no podian, á pesar de su celo, conseguir alguno en unos indios que por ser los mas ricos, eran tambien contra repetidas órdenes de S. M., los mas oprimidos. Allégase haber por mucho tiempo carecido el reino de propio pastor, sujeto al obispo de Santa Marta, mas de ciento y cuarenta leguas distante. La catedral no se erigió hasta el año de 1564. El primer arzobispo fué *D. Fr. Juan de Barrios y Toledo*. Este celosísimo pastor, informado de tan graves daños, juntó para pro- ver á su remedio un concilio provincial de sus obispos sufragáneos de Sta. Marta, Cartagena y Popayan. Una pequeña diferencia entre estos no dejó asistir á uno de ellos, y se disiparon sin efecto las buenas intenciones de aquel prelado, que murió poco despues. Su sucesor, el Illmo. Sr. D. Fr. Luis de Zapata, de comun consejo del presidente, audiencia real, y todas las personas autorizadas del reino, determinó hacer una visita general de toda su diócesis. A pocos pasos descubrió la mucha idolatría que dominaba aun á los indios. Cuatrocientos de sus sacerdotes y maestros fueron castigados en auto público. El mucho oro de los ídolos y de los templos impidió el éxito de la empresa. Los ministros y demas familia que acompañaban al ilustrísimo no tenian un celo tan puro como el suyo. Sin saberlo el piadoso arzobispo tomaban para sí mucho de aquel oro, entrándose por las casas y hermitas de los indios á quitar las ídolos y cuanto á ellos se ofrecia de algun valor: este desórden hacia persuadir á los naturales que la guerra se hacia mas contra sus riquezas, que contra la religion de sus mayores. Por otra parte, los ministros reales que veian defraudarse de una gran parte de aquel tesoro procuraron impedir que se prosiguiese la visita, é informaron de ello al consejo. Murió algun tiempo despues el arzobispo, penetrado del mas vivo dolor, y estuvo vacante la sede diez años, en que echó profundísimas raices el mal. En este intermedio habia venido por presidente de aquella real audiencia el Dr. D. Antonio Gonzalez, y noticioso de la triste situacion de aquellas provincias, pidió á los superiores algunos religiosos de la Compañía. Concediéronsele los padres *Francisco de Victoria* y *Francisco Linero* con el hermano *Juan Martinez*, que estaban para navegar á la provincia del Perú. El tiempo que es,

tuvieron en Santa Fé hizo el presidente las mas vivas diligencias por que fundase allí la compañía. Los ciudadanos que siempre han mostrado un extraordinario afecto á nuestra religion, les dieron proporcionada habitacion y una capilla para el ejercicio de sus ministerios. El padre Antonio Martínez habia bajado del Perú para gobernar aquel pequeño colegio. Con tan bellos principios de fundacion no sabemos por qué causa, vuelto á España D. Antonio Gonzalez, los padres desampararon la tierra y pasaron al Perú conforme á su primer destino.

Ocupaciones de los padres en Sta. Fé.

Tal era el estado del nuevo reino de Granada cuando llegaron á él los dos misioneros de la provincia de México. Sostenidos con toda la autoridad del arzobispo y presidente, comenzaron á ejercitar sus ministerios con una aplicación y un fervor que causaba espanto á cuantos veian á dos hombres solos haciendo guerra á todos los vicios y desórdenes de una populosa ciudad. Recogidos en la pobre habitacion del hospital, no se les veia jamas en la calle sino para cosas de la gloria de Dios. Su distribucion, segun escribe el padre Medrano, era esta. Por la mañana, despues de haber celebrado el santo sacrificio, visitaban los enfermos del hospital: si habia algunos que quisiesen confesarse, servianlos y consolábanlos, poniendo por cimiento del dia este ejercicio de humildad. Luego se sentaban á oír confesiones hasta las ocho ó nueve de la mañana. De aquí partian sus ocupaciones. El padre Medrano hacia una leccion de teología moral á los clérigos y ministros de indios que por orden del ilustrísimo se juntaban á este efecto cada dia. El padre Figueroa leia gramática á los pages del Sr. arzobispo y algunos otros españolitos de lo mas lucido de la ciudad. El rato que quedaba de la mañana lo empleaban en sus domésticas distribuciones, si les daba lugar el tropel de consultas de parte del Sr. arzobispo, presidente y oidores, ú otras semejantes personas. Algunos ratos empleaban en aprender uno la lengua Moxca, otro la Pancha. A la tarde salian por las calles acompañados de los niños y los indios, cantando por las calles la doctrina cristiana hasta la plaza, en que uno esplicaba algun punto del catecismo, y otro hacia una exhortacion moral. Por lo comun no volvan á casa sino acompañados de algunos penitentes, con cuyas lágrimas y sincera conversion, bendecia el Señor sus trabajos y los animaba para proseguir con nuevo fervor al dia siguiente. Antes de recogerse volvan á visitar los enfermos del hospital, y las mas noches interrumpian el tépue descanso levantándose á confesiones para que eran buscados de toda la ciudad. Los domingos y los dias de fiesta

añadian por la mañana otro sermón en la Iglesia del hospital.

Lo interior de la provincia no ofrece este año cosa particular, ni debemos cansar la atencion de nuestros lectores con la repetición de unos mismos ministerios, siempre útiles, siempre gloriosísimos; pero que suponemos bastantemente conocidos. El colegio de Guadalajara perdió este año al padre rector Diego de Villegas, en quien la virtud habia obscurecido la nobleza de sus cunas. Hombre verdaderamente religioso é irreprochable en sus palabras, que jamás fueron sino muy necesarias y muy útiles, tiernamente devoto de la Virgen Santísima, abrazó al padre que le dió la noticia de su cercana muerte. En pocos meses que estuvo en aquella ciudad mereció la veneracion de todo género de personas que se mostró bien en su muerte. El convento de monjas y los superiores de las religiones, no contentos con otras públicas demostraciones, le hicieron honras en sus Iglesias. El cabildo eclesiástico hizo el oficio sepulcral, y los distinguidos republicanos pretendian algunas de sus pobres alhajas como prendas de un hombre que juzgaban gozaba ya del Señor.

Muerte del padre Diego de Villegas.

En Michoacán habia ocupado la silla episcopal el Illmo. Sr. D. Fr. Domingo de Ulloa, del orden de predicadores. Este prelado parecia traer vinculado en su misma sangre y apellido el amor y afición á la Compañía y el motivo de nuestra confianza y agradecimiento, siendo hermano de la ilustre señora Doña Magdalena de Ulloa, fundadora de los tres insignes colegios de Oviedo, Santander y Villa Garcia, en la provincia de Castilla. Parece que presintieron algunos émulos el favor que pretendia hacer á la Compañía el ilustrísimo, y se armaron desde muy temprano de mil imposturas para prevenirlo. Todas las disipó la presencia del padre rector, que salió mas de una jornada á recibir al Sr. obispo. Las personas mas autorizadas del cabildo habian querido servirse de la habilidad de nuestros estudiantes y direccion de nuestros maestros para algunas funciones castellanas y latinas con que felicitar á su pastor. Halló modo de embarazarlo la envidia; pero no pudo impedir sin embargo que por tres dias continuos, con certámenes poéticos, con panegíricos en prosa y en verso, y otras amenísimas invenciones fuese celebrado en nuestro colegio. Esta quiso S. S. I. que fuese su primera visita, y no contento con una demostracion de tanto honor, sabiendo por algunos de los capitulares el poco tiempo en que se habian prevenido aquellos festejos, y lo que no les habian permitido hacer para mostrar el gozo que sentian de su llegada, concibió tan alta

D. Fr. Domingo de Ulloa obispo de Michoacán.

estimacion de nuestros estudios, que desde luego destinó á uno de los padres por examinador sinodal de órdenes y beneficios. Servíase de ellos en todos los negocios de importancia, y para dar un gage mas seguro de su tierno amor á la Compañía, dió tres mil pesos para que en la Iglesia que entónces comenzaba á fabricarse, se labrase á su costa una capilla, en que despues de la muerte descansase su cuerpo. ¡Cómo en esas veces ha contribuido la envidia á hacer brillar mas el mérito de aquellos que persigue!

Licencia para la fábrica de un fuerte en Sinaloa.

El Exmo. Sr. conde de Monterey habia por este mismo tiempo descendido á las instancias de D. Alonso Diaz, capitán de Sinaloa, concediéndole vinticinco soldados que estuviesen de asiento en la villa de S. Felipe y Santiago. Partieron escoltados de esta pequeña tropa á la misma provincia un padre y un hermano. El arribo de los soldados y los padres, causó grande regocijo á los españoles y á los indios amigos. Solo *Nacabeba* cada dia mas atrevido con el favor de los tehuecos, se oponia con nuevos insultos á cuantos medios se tomaban para asegurar la tranquilidad. A pocos dias de llegados los nuevos presidiarios, tuvieron los tehuecos el atrevimiento de poner fuego á las Iglesias de *Matapan y Bavoria*. El dia mismo de la pascua amanecieron en las cercanías de la villa flechados cinco caballos. Estos pequeños sustos los contrapesaba el Señor con grandes consuelos en la quietud, la devocion y la piedad de los pueblos pacíficos. En la semana santa se celebró la memoria de nuestra redencion con todo aquel aparato de músicas, procesiones, penitencias públicas, confesiones y comuniones, que pudieran verse en ciudades de muy antiguos cristinianos. Solo el padre *Juan Bautista de Velasco*, en carta al padre provincial, dice haber confesado esta cuaresma mas de quinientos indios. Se pretendió, en atencion á los buenos efectos de este presidio, se pusiese otro semejante en el rio de *Zuaque*. Dió buenas esperanzas de hacerlo el conde de Monterey, aunque no llegó á ejecutarlo sino su sucesor, como tendremos lugar de verlo en otra parte.

Nuevas conquistas en Topia y la Laguna.

En la Sierra de Topia el padre Hernando de Santaren, y el padre Juan Agustin en la Laguna, ganaban á Dios muchas almas: el primero trabajaba con algunos gentiles y muchos malos cristianos. El segundo, trabajaba con mucho mas provecho entre los paganos. Bautizó este año mas de cien adultos, y muchos mas párvulos, y casó treinta pares, fuera de muchos otros que redujo á vivir con sus mugeres, las cuales tomaban y dejaban con la misma facilidad. El principal fruto de es-

te año fué la poblacion de Santa María de las Párras, á poca distancia de la Laguna de S. Pedro. Este proyecto formado é intentado desde la primera entrada de los misioneros, no habia, por la barbarie é incapacidad de los indios tenido efecto alguno. La constancia y la dulzura del padre Juan Agustin, venció al fin la obstinacion de los naturales y el amor á aquellos bosques en que habian nacido, como consta de un antiguo instrumento otorgado ante Martin Zapata, por mandado del capitán Diego de Robles, en 18 de febrero de 1593. A principios de este año, quince caciques los mas cristianos, con todas las gentes de su dependencia, se habian pasado á la nueva colonia y formado un pueblo de cerca de dos mil moradores. Habian fabricado una pequeña Iglesia y casa para el padre, de que él habia hecho un hospital en que personalmente asistia y curaba á los enfermos. Esta caritativa providencia le obliga á tomar la supersticion temida de algunos de los indios, y singularmente de la nacion de los payos. Estos, no atreviéndose á ver morir alguno por temor de que luego habia de venir sobre ellos la muerte, no aguardaban la última hora para enterrarlos, y pocos dias ántes supo que una india muy anciana, creyendo que no habia de sobrevenirle mas enfermedad que les sirviese de aviso, *la enterraron buena y sana para librarse del continuo susto en que los tenia de hallarla muerta*. No podemos concluir mejor la narracion de los apostólicos trabajos del padre Juan Agustin, que con un breve rasgo de una de sus cartas. Fuera (dice) del continuo ejercicio de la doctrina y catecismo le tengo de bautizar, confesar, casar y pacificar no solo á los indios, sino á estrangeros y españoles, y lo hago con mucho gusto y confusion mia de ver cuan á manos llenas me da el Señor en que servirle, y cuan mal y poco me dispongo á ser instrumento digno de su Divina Magestad para salvar las almas. Guerra me hace el demonio, y algunas veces muy cruda. Pocos dias ha me ví tan lleno de tristeza y sequedad, que *taedebat animam meam vitae meae*. ¡O qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! En esta tierra, ¡qué no hay de ocasiones! qué soledad! qué caminos! qué desamparos! qué hombres! qué aguas amargas y de mal olor! qué serenos y noches al aire! qué soles, qué mosquitos, qué espinas, que gentes, qué contradicciones! Pero si todo fueran flores, mi padre, ¡qué nos quedaria para gozar en el cielo? Hágase en mí la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mia perversa, en sus manos que por nos puso en la cruz, y no en las mias pecadoras. Quedo animado como V. R. me manda hasta que ven-

ga el ángel de luz que ha de venir por mi compañero. Padecerá mucho y ganará á Dios muchas almas, y consolarme y animarme há. Yo le amaré, le serviré y obedeceré, pues que con otras almas ayudará también la mia á caminar al cielo. Por la misericordia de Dios cada dia espero la muerte, y para recibirla pido á mi Dios el espíritu contribulado, el corazon contrito y humillado, que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto, y suplirá el sacramento si faltare quien me lo administre, pues cuatro meses ha que no veo un sacerdote con quien poderme confesar.” Hasta aquí este fervorosisimo misionero pintando tan vivamente en su persona lo que tendríamos por inútil repetir en cada uno de los que todo lo sacrificaban al servicio del Señor y ayuda de las almas.

Agregacion de la congregacion del Salvador á la Anunciata de Roma.

Año de 1599.

Habia pocos meses ántes vuelto de Roma el padre Pedro Diaz, y con él el nuevo gobierno de la provincia, en que venia destinado provincial el padre Francisco Baez. Vino en esta misma ocasion confirmada de nuestro muy reverendo padre general, y agregada á la Anunciata de Roma, la ilustre congregacion del Salvador, que con tanta edificacion y utilidad habia fundado en la Casa Profesa el padre Pedro Sanchez. En atencion á la trabajada ancianidad del fundador de la provincia, se le añadió un compañero que hiciese los sermones de entre semana, dejando á su cuidado solos los domingos por no defraudar al público de su cristiana elocuencia, y dejar alguna respiracion al fuego de su celo. De los muchos casos edificantes que seguian á los ministerios de esta casa, referiremos dos mas admirables. Enfermó no muy gravemente en la apariencia un caballero de esta ciudad, mercader de un gran caudal; pero, en que como suele ser muy frecuente, *habia mucho mal adquirido*. Aunque jamás habia tratado con jesuitas, quiso tratar con uno de ellos, fuera de confesion, los negocios de su alma. El éxito fué mandar publicar en su testamento un pregon general, que todos los que por sus tratos y contratos se sintiesen perjudicados, acudiesen al padre y á algun otro teólogo á cuya resolucion deberian conformarse sus herederos, pagando puntualmente todo aquello en que segun su dictámen hubiesen sido defraudados. † El otro suceso tuvo bastante de milagroso. Una señora de qualidad, de mucho honor, y de conocida virtud desde sus tiernos años, salia de su casa un dia de pás-

† ¡Qué difícil es que tan cristiana resolucion sea imitada hoy por esos agiotistas que están destruyendo las mas ricas familias de México, tienen el corazon metalizado!

cua á confesar y comulgar como lo hacia con bastante frecuencia en nuestra Iglesia, justamente á ocasion que pasaba por su puerta un caballero honrado y conocido. Logró ocasion de saludarla y felicitarle las páscuas con toda la urbanidad y decoro que convenia á la qualidad de uno y otro. Iba á pisar el umbral de la puerta para salir, y concibiendo que podia dar alguna sospecha al marido, que vió venir de lejos, se apartó á un lado mas obscuro para darle lugar á que entrase. No lo hizo con tanta fortuna que no le viese un hermano del caballero. Sale prontamente en su busca con la espada desnuda, y da á su hermano noticia de su afrenta, por cuya venganza, decia, habia arriesgado la vida. El marido, furioso, corre tras del que imaginaba agresor. La infeliz muger entre tanto se encomendaba muy de veras á la Santísima Virgen, de quien siempre habia sido tiernamente devota, creyendo bien que la cólera de su marido no se apagaria sino en su sangre. En efecto, no habiendo hallado á su enemigo, revolvió sobre ella, que invocando á la soberana Virgen por testigo de su inocencia, cayó en tierra de muchas estocodas. El, habiéndose refugiado en el convento de S. Francisco, esperaba con sobresalto el éxito de su desgracia. Viendo que nada se movia despues de algunas horas, procuró informarse, y supo con espanto que su muger habia quedado sin lesion la mas mínima. No podia acabarse de persuadir, hasta que la inocente ofendida pasó á verlo y referirle lo sucedido en compañía de su madre. Derechamente del asilo vinieron los tres á nuestra Casa Profesa á dar al Señor y á su Madre Santísima las debidas gracias, procediendo despues el marido con una regularidad de costumbres de mucha edificacion en la ciudad.

A los demás ejercicios de letras y virtud en que florecia el colegio de S. Pedro y S. Pablo, se añadió este año una leccion de teología moral, á peticion é instancias de muchos seculares, los mas de orden sacro, que cursaban nuestros estudios. A este mismo tiempo debe referirse la institucion piadosísima de los ejemplos en los sábados de cuaresma, que con tanta constancia, solemnidad y provecho de un grande concurso se continúan hasta el presente. Se instituyó asimismo que por las Iglesias de México se repartiesen en aquel santo tiempo nuestros estudiantes á explicar la doctrina cristiana; costumbre utilísima que con tanto crédito de la Compañía y logro de las almas se ha continuado y estendido por todas las demás ciudades del reino. El principio parece haber sido en el hospital de Jesus Nazareno, que ántes se llamó de nuestra Señora, y fué, como dijimos, la primera habitacion que tuvieron los

Cátedra de teología moral en el colegio máximo y varios otros establecimientos.

jesuitas en México. Aquí, en una capilla que llamaban de los negros, se encargó un padre de explicar á esta pobre gente los misterios y preceptos de nuestra santa ley todas las cuaremas, y algunas otras veces en los dias mas festivos, acompañándole los congregantes de la *Anunciata*, cantando por las calles la doctrina. Este género de procesiones era muy frecuente en nuestros estudiantes para las cárceles, para los hospitales, para las plazas, con grande edificacion del público. Nunca fué tan suave este olor de piedad como en la que este mismo año hicieron al famoso Santuario de nuestra Señora de *Guadalupe*. Habia el Señor afligido el territorio de México con una extrema sequedad. La inocente juventud de nuestros estudios tomó á su cargo aplacar la ira de Dios por la intercesion de la Soberana Virgen. Salieron de casa acompañados de sus maestros con candelas en las manos cantando el rosario y letanías de nuestra Señora. Llegando al templo, que dista cerca de una legua, oyeron misa, que les dijo uno de los padres, y recibieron la santa comunión aquellos á quienes por su menor debilidad se habia concedido licencia de hacer en ayunas aquella romería, y volvieron á sus casas en la misma forma. Fué un espectáculo que sacó lágrimas de devoción á muchas personas, y se atribuyó á la oracion pura y humilde de aquellos piadosos jóvenes la agua con que poco despues quiso el Señor consolar á la affigida ciudad. Fuera de estos públicos ejercicios se veian en los congregantes actos de muy sólida virtud, y que se leen con asombro en los varones mas desengañados. Un joven á quien la nobleza de su linage, la riqueza de su casa, la gracia y hermosura del cuerpo, junto con las bellas cualidades del espíritu, hacian muy recomendable, sintiendo nacer en su corazon un género de complacencia y engreimiento, fué á la pública carnicería, y comprando algunas libras de carne se las echó sobre los hombros, y dió muchas vueltas por las calles mas frecuentadas de México, para sofocar desde la cuna un enemigo, quanto dulce, tanto pernicioso. Habia otro resistido heroicamente á las sollicitaciones de una muger apasionada. El amor se le convirtió bien presto en un ódio mortal, que pretendió disimular para acabar mas seguramente con la vida del casto joven. Le envió un regalo para que lo tomase aquel dia: justamente era uno de aquellos en que el piadoso congregante ayunaba en honra de la reina de las vírgenes, y no queriendo faltar á su propósito lo guardó para el dia siguiente por no faltar á la urbanidad en volverlo. Pero ¡oh! ¡cuál fué su sorpresa y su agradecimiento á la Virgen Santísima, cuando yendo al otro dia á

gustar de la vianda, la halló bullendo en negros y asquerosos gusanos? Así premió el cielo su castidad y devoción, y lo animó á perseverar en sus santos propósitos y en sus devotos ejercicios. A fines de este año, el dia 2 de noviembre se celebró la quinta congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Antonio Arias, fué electo procurador á entrambas curias el padre Antonio Rubio, y por primer substituto el padre Nicolás de Arnaya, rector de la residencia de Guadiana.

Quinta congregacion provincial.

Para mayor comodidad del ministerio de indios, y de las funciones de su congregacion, que tambien por patente del padre *Claudio Acuariva*, vino agregada á la *Anunciata* del colegio romano, se fabricó este año una Iglesia, aunque cubierta de paja, bastantemente capaz para los grandes concursos de los naturales en el Seminario de S. Gregorio, que hasta ahora no habia tenido distinto templo del colegio máximo.

Lo que en tres colegios de la Compañía se veia repartido en México, llenaba plenamente en la Puebla de los Angeles el colegio del Espíritu Santo: noviciado, tercera probacion, ejercicios literarios de gramática, retórica y filosofia, púlpito, confesonario, cárceles, hospitales, congregaciones de españoles y de indios, todo tenia su lugar con tanta regularidad, con tal orden, que cada una parecia la sola ocupacion de aquellos fervorosos padres. Allegábanse frecuentes escursiones á los pueblos de aquella vastísima diócesis. En S. Salvador, á cuya jurisdiccion pertenecian mas de veinte pueblos, estuvo nueve meses un padre, de quien los manuscritos callan el nombre. Esta costumbre de nuestras *annuas* de no poner los nombres de los sujetos que vivian aun cuando se escribieron, bien que tan conforme al consejo del Espíritu Santo, y tan propia á la modestia de la Compañía, es sin embargo muy incomoda tal vez á un escritor y á la posteridad. En muchas partes confrontando, no sin mucho trabajo, diversos papeles, ó por las circunstancias del tiempo y del lugar, se viene á dar en conocimiento de las personas. Al presente, nos ha faltado aun ese trabajoso medio para descubrir el nombre de un sujeto tan digno de la inmortalidad. Era muy enfermo é impedido de todo el lado izquierdo, por lo cual le era imposible celebrar el santo sacrificio. La caridad de los superiores no permitia dejarle salir á una expedicion de tanta incomodidad y trabajo. Sin embargo, era tanta la ansia de los pueblos, la instancia de los beneficiados y el celo del mismo misionero, que se veian precisados á condescender. Visitó en este poco tiempo veintidos pueblos, predicando en todos, y confesando como el hombre mas robusto. En sola la cuare-

Ministerios en Puebla.

ma pasaron de tres mil las confesiones de indios, fuera de muchos españoles. En cada mes daba vuelta á las veintidos poblaciones, haciéndose llevar despues de la Iglesia á todas las casas de los enfermos. Los indios y los beneficiados, que veian un ejemplo de tanta caridad y tanto fervor de espíritu en un cuerpo inválido, le ayudaban en todo lo que no le permitia su salud, dándole quien le dijese cada día misa, á hora proporcionada para comulgar, y concurriendo con mucha alegría para subirlo y apearlo del caballo, y acompañarlo en los caminos que tan gustosamente emprendia por el bien de sus almas. Otra semejante mision hizo al partido de Zacapoaxtla el padre *Andres Perez de Rivas*, poniendo ya los cimientos de aquella vida apostólica, que habia de hacer despues en Sinaloa. Fuera del ordinario fruto de los indios tuvo el padre el consuelo de hacer amigos á dos beneficiados, largo tiempo ántes desunidos con no poca desedificacion de su rebaño.

Caso admirable de la explicacion de la doctrina.

Entre los casos notables que acompañan siempre el ministerio de la predicacion, y con que bendice el Señor el celo de sus ministros, solo referiremos uno acontecido en la misma ciudad de los Angeles, porque cede particularmente en alabanza de aquel ejercicio, que juzgamos el principal de nuestro instituto; quiero decir, la explicacion de la doctrina cristiana á los niños y gente ruda. Habia jurado un hombre, gravemente ofendido, no confesarse, ni quitarse la barba ántes de labar su afrenta en la sangre de su enemigo. Cumplió mas de dos años su inicuo juramento, cuando supo que se hallaba en Puebla su ofensor. Marchó prontamente armado de pistolas, jurando de nuevo no tomar alimento alguno hasta haberse vengado. Luego que llegó á la ciudad, compró un caballo de fama para ponerse á cubierto de la justicia, y partió á la plaza, donde le dijeron estaba su contrario. Justamente era uno de aquellos dias, en que despues de haberse cantado por las calles la santa doctrina, se hace á los indios y gente del mercado una breve explicacion de alguno de los puntos mas substanciales. Hablaba el catequista de los que dilatan convertirse, huyendo del saludable sacramento de la penitencia. El hombre enfurecido daba vueltas á la plaza como un leon hambriento, y no hallando á su enemigo, se llegó al confuso tropel de gentes que cercaba al predicador. Fingia oír el sermón mientras llegaba la ocasion de vengarse; pero aquel Señor que *apprehendit sapientes in astutia eorum, et consilium pravorum dissipat*, le mudó repentinamente el corazón y acabó en ternura, en arrepentimiento y lágrimas, lo que habia comenzado en disimulo. Se apeó del

caballo, y siguiendo la doctrina, se arrojó á los piés del padre en llegando á la portería. Confesó por entónces los pecados mas graves de que pudo hacer memoria. Volvió á la plaza en busca de su ofensor, abrazándole muchas veces, y pidiéndole á voces perdon de sus malos intentos. Prosiguió haciendo por seis dias una confesion general de toda su vida, y sabiendo entre tanto, que habian preso por una deuda á aquel á quien poco ántes deseaba dar la muerte, le procuró la libertad, vendiendo las armas y caballo para pagar la deuda; ejemplo admirable que bastaria solo á hacernos formar la mas alta idea del gloriosísimo ejercicio de la doctrina cristiana, tan aplaudido de los pontífices, y tan encargado del Santo fundador de la Compañía.

De Michoacán se recibieron por ese tiempo cartas de los dos beneficiados, en cuyos partidos, dos padres misioneros habian confesado, el uno desde la cuaresma hasta Pentecostes tres mil indios, y el otro seis mil, desde la Septuagésima hasta la Ascension. Sin embargo de un fruto tan copioso, no dejaban de brotar tal vez entre los indios algunas semillas de la antigua gentilidad, á que como los hebreos, tienen siempre por su misma pusilanimidad y groseria una vehemente inclinacion. En Tepozotlán, algunos forasteros que habian venido á avcindarse en aquel partido, trajeron consigo una famosa hechicera, que notando la aspereza, la altura, y la configuracion de un monte vecino, se los hizo reconocer por Dios, poniendo á una punta mas aguda de la montaña un nombre que significa dedo del cielo. Enseñábales á juntar con el Dios verdadero las falsas divinidades que habian adorado sus mayores. El Dios de los cristianos (decia) celoso del honor que dieron nuestros padres al gran *Huitzilopochtli*, ha reñido con él, y quiere ser reconocido solo; pero á nosotros no conviene enojar los antiguos dioses de nuestra nacion. Algunos buenos cristianos dieron parte de todo á los padres. Se comenzó á hacer guerra á la idolatría en el pulpito, y á pocos dias, veinte ó treinta de los mas ancianos, unos de noche y otros de madrugada, venian á confesarse y entregar algunos idólos, declarando otros cómplices. La india huyó y libró al pueblo de un contagio fatal que habria arruinado muy en breve la mas florida cristiandad.

Frutos en Valladolid y Tepozotlán.

Por otro muy distinto camino se consiguió la paz y la tranquilidad en Sinaloa. Un sobrino del pérfido *Nacabeba* habia dado muerte á un *tehueco*, y traído su cabeza al capitán, diciendo que era la de su tío *Nacabeba*, á quien él habia muerto, sacrificando (decia) á la religion

Muerte de *Nacabeba* y estado de Sinaloa.

y á la amistad con los españoles, los derechos de la sangre. Los tehuacos, nacion fiera y vengativa, en recompensa de este ultrage, determinaron entregar al homicida del venerable padre Gonzalo de Tapia. El cacique Lanzarote se encargó de esta expedicion, y la ejecutó con fidelidad. Dió aviso de la presa al capitán D. Diego Martinez de Hurdaide, que gobernaba en la villa por ausencia de D. Alonso Diaz. Fué condenado á muerte como su sobrino *Cristóbal Orocon*, y á lo que podemos creer en atencion á los clamores de la inocente sangre del fundador de aquella cristiandad, usó el Señor de misericordia con uno y otro que murieron, dejando bastantes señales de su predestinacion. Con la muerte de estos perturbadores, comenzó á propagarse con maravillosa rapidez por todas partes la semilla del Evangelio. Del lado del Poniente, se extendió hasta el mar, entre los *nios*, los *guazaves* y los *ures*. El padre *Villafañe*, tuvo la satisfaccion de bautizar dentro de pocos dias, doscientos cuarenta y dos, entre párvulos y adultos. Por la parte del Mediodia, los padres *Martin Perez* y *Juan Bautista de Velasco*, bautizaron trescientos cuarenta y tantos, y casaron conforme al rito de la Iglesia, ciento cuarenta y cuatro pares. Animaba el Señor el fervor de sus obreros y la fé de los neófitos, con algunos singulares sucesos. En el mes de setiembre, se hallaba la provincia muy afligida con una rigurosa seca. Acudieron indios y españoles á los padres. Mandóseles que hiciesen una procesion y algunos ejercicios en honra de la Santísima Virgen, cuya Natividad estaba muy cercana, y que confesasen y comulgasen aquel dichoso dia. El cielo correspondió prontamente á la piedad y sincera fé de aquellas buenas gentes, y estando claro y sereno, se cubrió muy luego de nubes, y regó la tierra con copiosísima lluvia, que prosiguió despues con mucho consuelo y pasma de los indios.

Mision de Topía y S. Andrés.

La mision de Topía se habia interrumpido este año por justos respetos, que no era conveniente penetrarse el público. Esperaban con ansia al padre Hernando de Santarén cuando pasó de vuelta para México el padre Francisco Gutierrez. Recibieronlo con increíble consuelo, suplicándole que se quedase en aquel real. No pudiendo conseguirlo, determinaron el vicario y los españoles é indios del partido, enviar diputados con cartas y dinero á la audiencia real de Guadalajara, para que la Compañía se encargase de su instruccion, prometiendo para esto una gran parte de sus haciendas. Hubieran sin duda los enviados emprendido una marcha tan penosa, si el padre no los hubiera

animado con la esperanza de conseguirlo con el padre provincial. Entre tanto (dice el padre Hernando de Santarén, en carta escrita al superior de Sinaloa) yo he estado con los indios *acaxees* enseñando en su lengua á seis pueblos de mucha gente, en que hice muchos bautismos. De aquí me partí á las partes mas remotas del real de S. Andrés, á la sierra que llaman de *Naperes*, donde se hicieron dos Iglesias y se plantaron cruces, al rededor de las cuales se juntaban á aprender la doctrina. Breve la supieron algunos tan bien, que pasándome con los infieles al real de S. Hipólito, una legua de allí, me sirvieron de maestros para otros muchos. Estando aquí, vinieron á llamarme de unas grandes poblaciones que se llaman de S. Miguel, donde habia muchos que bautizar. Aunque es la tercera vez que me han llamado, me fué imposible, siendo yo solo en tres reales de minas, y habiendo en ellos tanta gente á quien predicar y confesar. Por la misma causa tampoco pude acudir á otras tres poblaciones, que con grande instancia pedian el santo bautismo, para lo cual abrieron camino para poder ir á caballo, que ántes por la mucha espesura de árboles y rocas, no lo habia. Despues de haber confesado toda la gente de este real, me partí á S. Andrés, donde aunque pensé estar pocos dias, por pasar á Topía, me hube de detener hasta la *Dominica in passione*, porque es tanta la devocion de estos indios y españoles á la Compañía, que habiendo venido el cabildo secular y el vicario, á pedirme que me quedase, y viendo que se lo negué, persuadieron á los indios, que como menores de edad, clamasen ante la justicia, y así con dos peticiones se presentaron pidiendo que me quedase, protestando que si me iba habian de despoblar las haciendas de minas, y no bastando eso, acabando de predicar, se me echaron á los pies mas de doscientas personas, é hincados de rodillas me pedian que me quedase allí siquiera aquella semana, instando con que no habian de levantarse hasta que les diese este consuelo. Despues de haber confesado todos los indios y predicádoles á ellos y á los españoles, me partí para Topía á media noche, de modo que cuando acordaron, ya yo estaba en el Real de Minas de los *Papudos*, donde confesé á toda la gente que al otro dia tenia ánimo de salir á buscarme, viendo que tardaba. En Topía me detuve veinte dias predicando y confesando. Algunos caciques vecinos, con toda su gente, vinieron á pedir la doctrina, rogándome que vaya allá, ó cuando esto no se pueda, ofreciendo venir á poblarse cerca de S. Andrés, para cuyo efecto se les ha señalado sitio á una legua de dicho Real. Lo mismo han hecho los